

# Las miradas desde afuera a la izquierda latinoamericana. Un desafío\*

Mario Toer, Pablo Martínez Sameck, Juan Antonio Diez\*\*

No abundan los intentos de encarar la producción de una historia de la Izquierda en América Latina. De allí que el emprendimiento de Alan Angell<sup>1</sup> resulte ser una empresa ambiciosa cuya lectura no se debiera soslayar. Nuestra intención es avanzar en un emprendimiento análogo, que defina algunos ejes esenciales de la historia del siglo XX, tanto a nivel mundial como regional, y el trabajo de Angell sirve de inspiración y obliga a una crítica, en el mejor de los sentidos. Algunas de las afirmaciones de Angell, en lo que aparece como introducción, son más que discutibles, e incluso, erradas, redundando en un tipo de aproximación que genera incertidumbre en cuanto al rumbo del abordaje que emprende. De todas maneras, más adelante, con el desarrollo pormenorizado y específico de las temáticas, dicha tendencia, como línea central, no se afianzará; o lo hará en una dimensión mucho más ponderada. Los supuestos que cuestionamos persisten en determinados casos, que a lo largo del presente trabajo trataremos de señalar.

Lo que observamos se expresa en plenitud al inicio de su texto, cuando previene que la manera más sencilla de escribir la historia de la izquierda en América Latina sería analizando sólo los partidos comunistas y socialistas. Allí se encontrarán frases como esta: “Estos partidos compartían supuestos ideológicos sacados del marxismo y prácticas políticas en las que influía el leninismo. Sin embargo, aunque existía acuerdo amplio sobre los fines, los partidos de la izquierda marxista ortodoxa discrepaban profundamente en lo que se refería a los medios. Esta discrepancia causaba conflictos y divisiones. Entre los partidos de la izquierda y, de hecho, dentro de ellos, había un debate feroz, y a menudo no resuelto en torno a cómo alcanzar el poder, la medida en que debían respetarse los derechos democráticos liberales y la manera en que había que organizar la economía, la sociedad y el sistema político. Dicho de otro modo, no había, ni hay, una sola izquierda, una izquierda unida. Las relaciones entre los numerosos grupos, partidos y movimientos que afirmaban ser la verdadera izquierda a menudo han sido hostiles, incluso violentas. A veces la competencia entre ellos ha sido más intensa que la competencia con los partidos de la derecha. Si la historia de la izquierda es en parte de una lucha heroica y paciente contra obstáculos terribles, también es en parte una historia de sectarismo y rivalidades personales, y de mezquindad. No obstante, es una historia fundamental para la evolución política de la mayoría de los países latinoamericanos en el siglo XX”<sup>2</sup>.

Los juicios que aquí se expresan son diversos y de variadas consecuencias. Algunos compartibles, otros, que provocan confusión, desconcierto, y hasta situaciones paradójales. Por

---

\* Con motivo del texto de Alan Angell para la *Historia de América Latina*, de Cambridge University Press.

\*\* Mario Toer es Profesor Titular de la materia Política Latinoamericana en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de Sociología en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires; Pablo Martínez Sameck es Profesor Titular de la materia Sociología en el CBC de la UBA; y Juan Antonio Diez es Ayudante de Cátedra de la materia Política Latinoamericana, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

<sup>1</sup> Alan Angell es uno de los investigadores sobre temas latinoamericanos de mayor renombre en Europa. También ha brindado una generosa solidaridad con los académicos perseguidos por los regímenes militares latinoamericanos y apoyado la causa de los derechos humanos. Es Profesor de Política Latinoamericana en el St. Anthony's College. El centro de su interés ha sido en particular Chile, pero también la política de la izquierda en América Latina, las políticas sociales y las relaciones entre la legalidad y la política. Ha publicado *Politics and the Labour Movement in Chile* (1972), *En Busca de la Utopía: La Política Chilena entre Alessandri y Pinochet* (1994), y en conjunto con Benny Pollack, *The Legacy of Dictatorship: Political, Economic and Social Change in Pinochet's Chile* (1993). Además del capítulo al que hacemos aquí referencia: *La izquierda en América Latina desde 1930*, incluído en *Cambridge History of Latin America*, publicó otro capítulo sobre Chile a partir de 1958, en la misma obra. Su más reciente investigación, en conjunto con Rosemary Thorp y Pamela Lowden ha sido publicada como *Decentralising Development: the Political Economy of Institutional Change in Colombia and Chile* (2001).

<sup>2</sup> Alan Angell. “La izquierda en América Latina desde 1930”, en Leslie Bethell (Comp.). *Historia de América Latina*. Tomo 12. Política y sociedad desde 1930. Editorial Crítica, Barcelona, 1997. Página 71.

ejemplo, es inexacto cuando alude a la influencia *leninista* tanto para los partidos comunistas como para los socialistas<sup>3</sup>. La ideología institucionalizada en los primeros era el *marxismo leninismo*, y aún entre ellos, tal como el mismo autor lo recoge en sus observaciones particulares de los casos, existen distintivas diferencias que, en algunos aspectos, resultarán ser agudas y, en otras, crónicas. En cambio, los socialistas poseían otro encuadre, mucho más asimilado al “juego electoral”, si bien con algunos conceptos marxistas, crecidamente favorable a una posición social pedagoga asociada a la ocupación de espacios, tanto de la sociedad civil como del aparato burocrático administrativo del Estado. En tal línea de razonamiento, tampoco consideramos apropiado entender la posibilidad de que, bajo tales términos, exista un “acuerdo amplio sobre los fines”.

Lo paradójico es que, sólo unos renglones más abajo, Angell sostiene: “no había, ni hay, una sola izquierda, una izquierda unida”. Esta última posición, relevante como compartible, y mucho más coherente con su punto de vista desplegado a lo largo del texto, está sin lugar a dudas asociada a las relaciones de fuerza al interior de cada país, de cada región, a cada coyuntura política, a cada circunstancia histórica. De allí que entendamos al trabajo de Angell como una lectura altamente recomendable. Tanto por haberse adentrado en una temática delicada como evadida, como por haberse atrevido a abordar un objeto de estudio propenso al manifiesto directamente político o ideologista. Por cierto, coincidimos en que el estudio de las izquierdas “es una historia fundamental para la evolución política de la mayoría de los países latinoamericanos en el siglo XX”.

Resulta apropiado partir, como Angell, de la polarización entre socialistas y comunistas en la década del veinte, centrándonos en la presencia de los partidos comunistas, en tanto instancias partícipes de una internacional a nivel global que se expresó, con diferente incidencia, en todos los países de la región<sup>4</sup>. Para el caso de los partidos socialistas clásicos, sólo en Argentina y Uruguay conservaron una presencia que en términos electorales fuera mayor que las de los respectivos partidos comunistas. A diferencia de Angell, preferimos no incluir aquí al Partido Socialista chileno, ya que su origen es posterior y su raigambre no es la misma que la de los partidos socialistas que provienen de la IIª Internacional. Por otra parte, el Partido Socialista Obrero<sup>5</sup>, que da origen al Partido Comunista chileno, orientado por Luis Emilio Recabarren, se suma a la IIIª Internacional, y no supuso una escisión, como en ciertos casos, o una fundación nueva, como en otros.

La presencia del anarquismo, por otro lado, al diluirse en torno a los años treinta, se convierte en una historia especial cuya incidencia en las escenas políticas de la segunda mitad del siglo XX, que será el centro de nuestro interés estratégico en materia de investigación, es incierta. Salvo que valoremos algunas tradiciones teóricas que renacen en los años noventa, como Causa Radical, en Venezuela, u otras de relevancia menor. Por otra parte, el anarquismo fue un afluente en la constitución de algunos partidos comunistas, caso del brasileño y, en menor medida, del mexicano.

Para Angell, el espacio que los socialistas ocupan en Europa, lo cubrirían las corrientes que denomina “populistas de signo nacionalista”, en donde reúne al APRA peruano, Acción Democrática en Venezuela, el *peronismo* en Argentina, los *colorados* en Uruguay, el PTB en Brasil y el Partido Liberal de Colombia<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Salvo en el particular contexto chileno, esto no ha sido así.

<sup>4</sup> No hacemos referencia aquí a las escisiones que dan origen a los diferentes grupos trotskistas. A pesar de que en ningún caso alcanzan relevancia como para instalarse en la escena política con algún predicamento, no es poca la influencia que ejercen en el ámbito del debate ideológico, prolongando las posturas de la lucha “clase contra clase” que la Komintern busca dejar atrás en 1935 y sobre todo, en el aliento de las posturas que insisten en el carácter “capitalista” de América Latina desde la colonia con la consiguiente necesidad de la “Revolución Socialista” como objetivo actual para la región. En cierta manera reinstalan el debate que había alejado a Trotsky de Lenin desde 1902, cuando éste supone la necesidad de una “revolución democrática” *sui generis* que atendiese a las particularidades del atraso ruso. En el tema habremos de adentrarnos con sistematicidad en nuestros trabajos subsiguientes.

<sup>5</sup> Estrechamente vinculado a la Federación Obrera, el Partido Socialista Obrero de Chile fue fundado en 1912 por Recabarren, quien se aparta del Partido Demócrata.

<sup>6</sup> Alan Angell. *Op. Cit.*, páginas 74 y 75.

Esta consideración no está desprovista de lo que se suele llamar *lectura eurocéntrica*<sup>7</sup>. Cuando algunos conceptos o marcos analíticos, fruto de la experiencia europea, se extrapolan al contexto latinoamericano, es frecuente que se tienda a construir o convalidar categorías de carácter residual, produciendo desajustes, limitaciones en la capacidad de inteligibilidad de los procesos y ciertos reduccionismos proclives a la incomprensión y, hasta muchas veces, proyectando cierta peyorización simplificadora de los procesos políticos, económicos, culturales. Se termina recurriendo, así, a analogías que, en el mejor de los casos, pueden ser puestas en cuestión. En este sentido, si bien se puede coincidir en que estas expresiones ocuparon en cierta medida las franjas que la *socialdemocracia* expresó en Europa, creemos que resulta un tanto vano el agrupamiento de variantes que, sin duda, han implicado fenómenos sumamente diversos como heterogéneos. Nos encontramos aquí con el reiterado problema acerca de qué se entiende por *populismo*, tarea insoslayable para quien se proponga trazar un panorama de las fuerzas de raigambre popular en el continente. Nuestra intención es profundizar sobre el tema en otra ocasión<sup>8</sup>.

En todo caso, como referencia aproximada, creemos que al menos puede hablarse de seis variantes de “populismo”, si es que tal término puede seguir aglutinando a tan amplia gama de expresiones.

1) Existe una primera vertiente que tiene que ver con el reclamo de la vigencia de las constituciones que habían quedado relegadas a una mera formalidad por los regímenes oligárquicos, apoyándose centralmente en los sectores medios urbanos. Tal es el caso de José Batlle y Ordoñez y los *colorados* en el Uruguay, Hipólito Yrigoyen y la UCR en la Argentina, Francisco Madero en México, Arturo Alessandri en Chile o el Partido Liberal en Colombia (salvo en el breve período en el que Eliécer Gaitán lo liderara, asimilándolo a la variante que se menciona a continuación).

2) Una vez producida la radicalización de la Revolución Mexicana, tomando a esta como importante fuente de inspiración, se desarrolla una nueva corriente, claramente más radical, cuya principal expresión será el APRA, en Perú, y tendrá en Acción Democrática, de Venezuela, y después en el PS chileno a sus referencias más cercanas. También se pueden incluir aquí a las experiencias de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala, Augusto César Sandino en Nicaragua y, más adelante, al MNR boliviano<sup>9</sup>, entre otras.

---

<sup>7</sup> Esto es, la de aquel tipo de visión que, consciente o no, antepone un ángulo *etnocéntrico* –concepción inicialmente originaria de la Antropología– por el cual, ese punto de vista, resulta ser determinante para la calidad de su esquema de referencias e influye en su potencial de interpretación para el análisis, así como para la emisión de los juicios consecuentes.

<sup>8</sup> Se puede coincidir a grandes rasgos con Ian Roxborough, y aquí se incluye la cita que María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone hacen con relación a este autor: “Roxborough va a sostener que en la definición que denomina ‘clásica’ es importante la noción de que el apoyo de las masas a los movimientos populistas no está estructurado principalmente en torno a líneas de clase, a diferencia de la supuesta naturaleza clasista de la política en las sociedades industriales avanzadas de Europa occidental. [...] Para que esta definición tenga alguna utilidad, se debería demostrar que estamos analizando situaciones donde las clases o estratos subordinados son incorporados a la coalición populista en forma heterónoma. Si éste no es el caso, argumenta Roxborough, entonces lo que existe son alianzas de clase más que ‘populismo’. La evidencia disponible sugiere que tanto Perón como Cárdenas fueron apoyados por instituciones autónomas de la clase obrera, es decir, sindicatos relativamente independientes (Argentina, México y Brasil son los casos sobre los cuales se basan los autores que él critica para construir el concepto, de allí que toma esos casos para refutarlos). Por lo tanto, estos movimientos pueden ser analizados en términos de alianzas más o menos explícitas y deliberadas entre la clase trabajadora e individuos que detentan el poder en el Estado. [...] Es sólo en un momento posterior que los sindicatos pierden autonomía y la clase obrera se subordina al Estado. Desde una perspectiva empírica ni el primer peronismo ni el gobierno de Cárdenas se adecuan a la definición clásica de populismo en la que las nociones de clase movilizable y clase trabajadora heterónoma son cruciales. Vargas tampoco sería populista, según Roxborough, porque no apelaba al pueblo y porque fue un régimen conservador, autoritario y desmovilizante. Fue sólo después de 1945, con el advenimiento de la política electoral, que Vargas apeló en forma más sostenida al pueblo. Por lo tanto, afirma que la pregunta clave es: ‘¿Cuánta falta de nitidez respecto de los límites de un paradigma es suficiente para justificar su abandono?’”.

<sup>9</sup> No es casual que estas variantes se desarrollen en las regiones andinas donde tiene presencia la herencia de las civilizaciones pre-colombinas.

3) El *populismo propiamente dicho* tendrá que ver con el intento, en los países de mayor envergadura de la región, por constituir un proceso de crecimiento económico sustentado en un desarrollo industrial por sustitución de importaciones basado en sus respectivos mercados internos y en la incorporación de los sectores populares a las respectivas escenas políticas. Sus expresiones más acabadas serán Getulio Vargas, en Brasil, Lázaro Cárdenas, en México, y Juan Domingo Perón, en la Argentina. Los tres poseen diferencias significativas y aún en la trayectoria de algunos, según los diversos períodos –particularmente para el caso de Vargas–, y con la singularidad de que Cárdenas tenía a la Revolución Mexicana como un antecedente de decisivo peso<sup>10</sup>.

4) Otra de las variantes puede agruparse en las experiencias truncas de Carlos Ibáñez, Gustavo Rojas Pinilla, Marcos Pérez Jiménez u otros, en razón de lo que podemos llamar su inadecuación en tiempo y lugar. Estas expresiones se producen en torno a los años cincuenta, cuando las principales potencias recuperan su capacidad de control en plenitud del mercado mundial, estrechando los márgenes para los procesos de sustitución de importaciones que subsistieran por casi un lustro desde la posguerra. Estos intentos se producen en países cuya infraestructura industrial previa se encontraba mucho más acotada.

5) Después, resultan claramente diferenciables las tentativas que, una vez producida la Revolución Cubana, explícitamente o con alusiones, contemplan la posibilidad de trascender el marco capitalista: Juan Bosch, João Goulart, Salvador Allende, Juan Velasco Alvarado, Juan José Torres, entre los más relevantes.

6) Por último, estarán las corrientes que, en los tiempos que corren, intentan delinear proyectos alternativos después de lustros de dictaduras y tras la década de predominio neoliberal: Hugo Chávez, Luiz Inácio Lula da Silva, el Frente Amplio, Néstor Kirchner<sup>11</sup>.

Si atendemos a esta diversidad, no resulta ilustrativo decir que, en términos de contrapunto, los *populismos* “[...] tenían una vocación de poder más fuerte, disfrutaban de un apoyo social más amplio y sus líderes eran más flexibles y estaban dotados de mayor sagacidad política”<sup>12</sup>. Sin desmerecer las virtudes de algunos liderazgos de la época, digamos que, en todo caso, se trataban de convocatorias más afines con condiciones que venían madurando en las entrañas de las distintas sociedades en que tuvieron lugar y, para la mayoría de los casos, contando con la apoyatura de la estructura estatal o de, al menos, una fracción de sus Fuerzas Armadas. Casi siempre, estas convocatorias provenían de radicalizaciones en sectores del *establishment*, o de jefes militares visualizados como portadores de poderío y recursos que podían derivar en cambios significativos en las condiciones de vida para las clases subalternas en el corto plazo. Podrá pensarse como “poco sagaz” la línea política de buena parte de la izquierda más radical por entonces. Sin duda alguna, como lo destaca Angell, el “izquierdismo” de la Komintern hasta 1935 jugó un papel decisivo. Pero veamos dentro de qué contexto puede caber una afirmación de esta naturaleza.

Por cierto, una piedra de toque a atender pasa por caracterizar cómo se ubicaron las izquierdas que se originan en los años veinte, particularmente los partidos comunistas, respecto de los movimientos de raigambre popular que surgieran poco tiempo después. Es en este punto, donde se centrará nuestro análisis en el presente trabajo, acotado a los procesos que se vivieron en México, Brasil, Argentina y Chile. De cualquier manera, podemos anticipar que no será lo mismo

---

<sup>10</sup> Experiencias como la del Frente Popular chileno, con un perfil propio dada su inspiración en la política *frentista* que se había iniciado en Europa, comparten elementos con las tres primeras variantes pero con una conformación claramente diferenciada del *movimientismo* convocado desde un liderazgo fuerte, como suele ser la impronta en el resto de los casos.

<sup>11</sup> Se podría incluso identificar una séptima variante de “populismo”, en este caso de derecha, que agruparía a aquellas experiencias que, presentando algunos rasgos de *forma*, intentan llevar adelante proyectos diferentes. Esta variante se plasmaría con claridad en la década de los noventa de América Latina con: Carlos Saúl Menem en la Argentina, Alberto Fujimori en Perú, Fernando Collor de Melo en Brasil. Sería una suerte de *populismo* con componentes autoritarios, que evoca las modalidades y escenografías de antaño para lograr plasmar más acabadamente los recetarios neoliberales y lograr penetrar por retaguardia integrando, junto a las nuevas clases beneficiarias del modelo, a los sectores populares más políticamente atrasados e inorgánicos. Aseveración asociada al pedagogo y didacta Michael Appel, quien liga este modo de implantación del discurso neoliberal, integrando como propios y complementarios a los ingredientes básicos del *neoconservadurismo* y el *populismo autoritario*.

<sup>12</sup> Alan Angell. *Op. cit.*, página 75.

caracterizar esta relación cuando se construye como interlocutor a una variante que concentra su apoyo en las capas medias, que los vínculos –algunos con inherente y ríspida conflictividad, al plantear inéditas formas de ampliación de su base social– que se componen con las variantes *populistas* que se sustentaran en el movimiento obrero. Además, entre éstos últimos, no será igual para los casos en los que la izquierda accede a una confluencia en el consenso de enfrentar a la alianza *nazi-fascista* en el curso de la guerra, que aquellos otros en los cuales se trata de movimientos que simpatizan o se mantienen indefinidos con relación a las fuerzas de raigambre corporativa que se venían desarrollando en Europa. También habrán de variar cuando estas posiciones mutan en el tiempo, tal como fuera el caso del *varguismo* en el Brasil.

También será recurrente el señalamiento sobre la escasa atención de los partidos comunistas a la “fuerza movilizadora del nacionalismo”<sup>13</sup>. Pero, en este sentido, también la variedad de posiciones es generosa según fecha y lugar. De más no está recordar, si de la Komintern se trata, que el grueso de los movimientos revolucionarios de Asia se inspira y se asocia en esta instancia y no dejan por ello de atender a la “cuestión nacional”, siendo incluso su carta de triunfo nada menos que en la Revolución China y la liberación de coreanos y vietnamitas. De cualquier manera, coincidimos en buena medida con Angell que, para el caso de América Latina, al menos en líneas generales, primó el desencuentro entre los partidos comunistas y el nacionalismo popular.

Pero vayamos por partes. El Partido Comunista mexicano surge en 1919 con el propósito de crear un partido que unificara las distintas expresiones de la izquierda que existían hasta aquel momento, donde todavía se vivía el influjo del proceso revolucionario originado tras la derrota del régimen *porfirista* en 1910. De hecho, los comunistas van a recoger algunos elementos de la lucha revolucionaria mexicana, resaltando la necesidad de organizar a los trabajadores, para alcanzar la “superación del capitalismo”, que el proceso revolucionario mexicano no había logrado. En la conformación del partido tuvieron una importante influencia y participación un sector del anarquismo, que concentraba un peso significativo en algunos sindicatos. Anarquistas y comunistas, además, van a llevar adelante varias iniciativas de conjunto, como la organización de la Federación Comunista del Proletariado Mexicano, en 1920, primer intento de unificación del movimiento obrero. De cualquier forma, cuando en 1923 el Partido Comunista Mexicano decide apoyar la candidatura presidencial de Elías Plutarco Calles, la mayoría de los anarquistas se van a oponer, dando por terminada la alianza. Desde entonces el Partido Comunista Mexicano va a tener una postura contradictoria y complicada con la no menos compleja dinámica de los acontecimientos y con el régimen posrevolucionario. Por cierto la situación que se les planteaba a los comunistas, con un régimen que, en buena medida, sostenía y llevaba a cabo varios de sus postulados, era por demás difícil.

Durante la presidencia de Calles van a luchar junto al gobierno contra el movimiento *cristero*<sup>14</sup>, situación que a su vez le permite desarrollar al Partido Comunista Mexicano una importante actividad en el campesinado. Luego del asesinato de Álvaro Obregón, en 1928, se produce un cambio en la situación interna de México, con un resurgir de fuertes movilizaciones obreras y campesinas. En este contexto, signado por la crisis económica del treinta a nivel mundial, Calles inicia el proceso de institucionalización del régimen posrevolucionario con la creación del Partido Nacional Revolucionario y una fuerte campaña represiva hacia las distintas fuerzas políticas que no se le subordinaban. A partir de 1929, y hasta 1934, el Partido Comunista Mexicano estará ilegalizado. Se recuperará con el ascenso de la lucha social que se produce durante la campaña electoral y los primeros años de gobierno de Lázaro Cárdenas. Es justamente durante el *cardenismo* que el Partido Comunista Mexicano va a alcanzar su mejor momento. Con el objetivo de consolidar su poder frente a sus rivales políticos, Cárdenas va a tener una postura abiertamente favorable hacia los campesinos y obreros. En ambos sectores, el Partido Comunista Mexicano contaba con organizaciones que se vieron favorecidas por esta situación, especialmente durante los

---

<sup>13</sup> Alan Angell. *Ib-idem*, página 86. Mencionado en ocasión del análisis de la experiencia de Sandino en Nicaragua.

<sup>14</sup> Movimiento armado que surgió en 1926 en oposición a las medidas laicas adoptadas por el gobierno de Calles, tendientes a disminuir las actividades educativas de la Iglesia Católica y a reducir aspectos del culto religioso.

primeros años en los que Cárdenas va a alentar al movimiento huelguístico y sindical en su lucha para desplazar a Calles y desembarazarse de su tutela. De esta manera, ante la movilización obrera y campesina, el gobierno de Cárdenas llevó adelante varias iniciativas políticas con el apoyo del Partido Comunista Mexicano, especialmente en lo que se refiere a la unificación del movimiento obrero que se reflejará en la creación de la Central de Trabajadores Mexicanos, en 1936. y en los planes educativos que se llamaron *educación socialista*. Con la certeza de que sólo con la movilización de los trabajadores del campo y de la ciudad se alcanzarían sus objetivos, y teniendo en cuenta la estrategia de *frente popular* impulsada por la Komintern a partir de 1935, el Partido Comunista Mexicano (o una parte importante de éste) plantea su incorporación al partido estatal con un llamamiento a los militantes para la “unidad a toda costa”. A partir de ese momento, la situación del PCM se ve superada por la dinámica del régimen posrevolucionario, perdiendo rápidamente su posición independiente, condición que lo arrastra hacia una fuerte crisis interna. La presión por parte del Estado, poco tolerante con las disidencias, provocará finalmente la expulsión de los comunistas de la dirección de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) en las postrimerías del gobierno de Cárdenas, al mismo tiempo que éste daba cabida a organizaciones de campesinos y obreros en la estructura del partido gobernante, que a partir de 1938 se ha de llamar Partido de la Revolución Mexicana.

En consonancia con las directivas que bajan desde Washington, el sucesor de Cárdenas, Manuel Ávila Camacho ilegaliza a los comunistas a mediados del cuarenta. No va a ser sino hasta fines de la década del cincuenta y en los sesenta que surgirá una nueva generación de militantes dentro del Partido Comunista Mexicano que le permitirá recuperar ciertas posiciones en la escena política y, particularmente, dentro de un movimiento estudiantil que se enfrentará con el régimen.

Con el caso de Brasil, nos encontramos con una historia larga y matizada, por de pronto, en lo que hace a la relación de la izquierda con Getulio Vargas y las variantes políticas que éste inspira. El Partido Comunista del Brasil se origina en marzo de 1922, tres años después que en México, siendo sus fundadores provenientes del anarquismo, fundamentalmente obreros paulistas, que se distancian de sus orígenes para respaldar lo que ven como mayor consistencia revolucionaria expresada en la Rusia de los soviets. Este antecedente es prácticamente único, con excepción quizás del caso mexicano, ya que el resto de los partidos comunistas reconocen alguna escisión o precursores provenientes de anteriores organizaciones socialistas. Digamos además, que hasta la segunda mitad de los ochenta son muy contados y breves los períodos que los comunistas gozaron de legalidad<sup>15</sup>. Esta limitación, sin duda pesó en la índole de su gravitación, pero no fue un obstáculo para que su presencia no fuese menor en algunas coyunturas de la vida política del Brasil.

Una de estas coyunturas, la decisiva si se quiere, es la que sella el encuentro entre Luiz Carlos Prestes y el Partido Comunista del Brasil. El capitán Prestes era la figura de mayor prestigio de la sublevación de la generación de los *tenentes*, que tiene lugar a partir de 1922 en Río de Janeiro, y que se extiende por todo el país y reconoce varios capítulos. El más espectacular de ellos es la columna, de alrededor de 1500 hombres, que Prestes dirige a lo largo de 24.000 Km. por buena parte de Brasil, entre abril de 1925 y marzo de 1927<sup>16</sup>. Exiliado en Bolivia, toma contacto con militantes comunistas bolivianos y argentinos y después se dirigirá a la URSS, manteniendo un estrecho vínculo con la dirección de la Komintern aún antes de su incorporación formal al Partido Comunista, al que recién se sumará orgánicamente en 1934, convirtiéndose en su principal referente.

Con Vargas en el poder, el gobierno provisorio comienza a buscar su destino. La ausencia de un claro programa previo es más que evidente y emerge parcialmente su contenido nacionalista, propio de la oposición al régimen oligárquico desplazado. Dada la escasa organicidad de las apoyaturas civiles con que el nuevo gobierno cuenta, su intento de desplazar a la vieja guardia

---

<sup>15</sup> Debemos señalar que Angell se equivoca al sostener que el PC brasileño disfrutó “de un periodo de legalidad desde su fundación en 1922 hasta el final de la segunda guerra mundial” (en página 78), ya que en ese período estuvo ilegalizado desde 1935 hasta 1945.

<sup>16</sup> El movimiento *tenentista* fue una amplia y heterogénea protesta de los oficiales jóvenes del ejército, tras una plataforma antioligárquica y nacionalista sin mayores precisiones. En la nueva situación que se genera en 1930 con la llegada de Vargas al poder, se alinean en posturas que no siempre son coincidentes.

sindical –particularmente a los comunistas– para articular desde el Estado una nueva estructura de sindicatos, aparece pronto en la agenda de Vargas, desde que se crea el Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio en noviembre de 1930. Por cierto, para viabilizar sustentos más amplios, se comienzan a realizar profundas transformaciones. En 1931, queda establecido por decreto el control estatal de los sindicatos, únicos por categoría profesional, definidos como órganos consultivos y de colaboración con el poder público. Al mismo tiempo, se constituyen las Juntas de Conciliación y Juicio que arbitrarán en los conflictos. Nada iba a poder obtenerse al margen de esta nueva configuración. La inspiración en el modelo italiano resulta notoria. No podemos sorprendernos si el PC se sitúa en la oposición al nuevo régimen y define que la insurgencia antioligárquica de 1930 ha sido traicionada.

Para 1933, la vieja estructura sindical ha sido disuelta. Poco antes, en octubre de 1932, Plinio Salgado y otros intelectuales simpatizantes de las corrientes fascistas fundan la Acción Integralista Brasileña<sup>17</sup>, que habrá de crecer y enfrentarse duramente a los sectores que se irán agrupando en torno al Partido Comunista y, en términos críticos, brindarán su respaldo al *varguismo*.

A comienzos de 1935, tras un año signado por numerosas huelgas<sup>18</sup>, el Congreso dictamina la Ley de Seguridad Nacional, con la intención de perseguir lo que llama crímenes contra el “orden político y social”<sup>19</sup>. Para el mismo período, marzo de 1935, los comunistas y los *tenentes* de izquierda convocan a la constitución de la Alianza Nacional Libertadora (ANL), en cuya presidencia honoraria se ubica a Prestes, por entonces exilado en la URSS. Su plataforma planteaba la suspensión del pago de la deuda externa, la nacionalización de las empresas extranjeras, la reforma agraria, la garantía de las libertades públicas y la constitución de un gobierno popular. Cabe recordar que se estaba en las vísperas del VII Congreso de la Internacional Comunista que dejaría establecida la táctica de los *frentes populares* en el marco de la política de *frente único anti-fascista*.

En pocos meses, el PCB y la ANL conjugaban a cerca de 100.000 adherentes. Prestes regresa a Brasil y se mantiene en la clandestinidad. El 5 de julio se conoce un manifiesto suyo que convoca a deponer al “odioso gobierno” de Vargas. El 11 de julio el gobierno clausura los locales de la ANL y detiene a varios de sus integrantes. El Partido Comunista Brasileño<sup>20</sup> se aboca a planificar la insurrección, con el trasfondo evocativo de la rebelión de los *tenentes* e incluso la insurgencia de 1930. Se confía en los contactos y en el ascendiente de Prestes en los cuarteles. El levantamiento tiene lugar a fines de noviembre de 1935 y concluye en un estrepitoso fracaso.

La espiral de situaciones que llevan a este paso en falso, que supondría un retroceso muy difícil de revertir, todavía es una página abierta en la historia del Brasil. ¿No se habían asimilado las enseñanzas del Congreso de la Komintern? No parece ser una razón primordial si atendemos al respaldo con que contó el intento desde este organismo. ¿Se sobreestimó la fuerza propia? Es indudable, aunque seguramente buena parte del ascendiente contabilizado optó por no entrar en acción, como suele ocurrir en estos casos. Sin duda fue el peso de la cultura *tenentista* lo que alimentó la aventura, más que el *izquierdismo* de la etapa previa, alentada con la cierta facilidad con que estas asonadas se habían instalado en el pasado. Centenares de comunistas conocieron la

---

<sup>17</sup> Se estima que, cuando finalmente se enfrentan con Vargas, en 1937, sus adherentes oscilan entre 100.000 y 200.000 personas. Véase Boris Fausto: *Historia concisa de Brasil*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003. Página 173.

<sup>18</sup> Vargas había asumido la presidencia el 15 de julio de 1934, confirmado de manera indirecta por la Asamblea Nacional Constituyente, elegida en mayo de 1933. Los comunistas continuaban en la ilegalidad.

<sup>19</sup> Huelgas en los entes públicos, incitación al “odio entre las clases sociales”, propaganda subversiva, participación en organizaciones que pretendan “subvertir el orden político y social”, son algunos de sus fundamentos.

<sup>20</sup> El tránsito de la referencia de PCdoB a PCB resulta ser una adecuación a las exigencias planteadas por el estatuto de régimen de partidos políticos, como para mantener el carácter nacional de dichas estructuras, toda una interesante disputa en el nivel simbólico de la política. Una suerte de disputa ideológica análoga a la que en Francia se plantearía en la posguerra hasta la reconfiguración planteada por Francois Mitterrand entre la SFIS (Sección Francesa de la Internacional Socialista) con su referencia directa de PSF.

prisión, incluso Prestes algunos meses después<sup>21</sup>. En 1936, se constituye una Comisión Nacional de Represión al Comunismo y, poco después, comienza a funcionar un Tribunal de Seguridad Nacional. Un año más tarde, cuando Vargas desestima las elecciones que se habían convocado y provoca el golpe que establece el *Estado Novo*<sup>22</sup>, éstas y muchas otras medidas de excepción pasarán a formar parte de la regularidad represiva del nuevo régimen.

Angell insinúa que los comunistas pudieron haber sido inducidos a la revuelta, atendiendo a los beneficios obtenidos por Vargas para endurecer sus posturas y más adelante llevar adelante el golpe<sup>23</sup>. No compartimos esta visión conspirativa, por más que Vargas imagina un burdo *remake* insurreccional, presuntamente concebido por el Partido Comunista Brasileño para justificar al nuevo régimen<sup>24</sup>.

El profundo desencuentro entre el Partido Comunista y el *varguismo*, que parece no tener retorno, se va a revertir a partir del alineamiento de Vargas y el Brasil junto a los *aliados* –y con ellos la URSS– para enfrentar al Eje.

El encuadramiento de Vargas con los Estados Unidos no puede deducirse de ninguna especulación de raíz ideológica, sino en consideraciones originadas en el más crudo pragmatismo. Cuando se produce la entrada norteamericana a la guerra, Vargas abandona sus oscilaciones y termina por proclamarse abanderado de la causa aliada. En abril de 1945 se establecen relaciones con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética y, al mismo tiempo, Prestes y otros dirigentes comunistas recuperan la libertad. El Partido Comunista Brasileño cierra entonces filas con Vargas y moviliza su influencia para enfrentar la maniobra liberal de impedir una posible reelección del caudillo. Alejado Vargas del gobierno por el ejército, se llevan a cabo las elecciones, en diciembre de 1945, en las que se impone el general Eurico Gaspar Dutra, quien ha recibido un poco entusiasta respaldo del propio Vargas, con el 55% de los votos. La oposición liberal de la Unión Democrática Nacional alcanza sólo el 35%, y los comunistas, con sólo unos meses de vida legal, sorprenden al conseguir el 10% con un candidato desconocido, el ingeniero Yedo Fiuza.

Dutra, siguiendo el reclamo norteamericano, ilegalizará al Partido Comunista Brasileño pocos meses después. Pero el Partido Comunista intentará nuevamente retomar la iniciativa al respaldar a Vargas en su regreso triunfante en las elecciones de 1950.

Como podemos colegir, “vocación de poder”, “apoyo social”, “líderes flexibles” y “sagacidad política”, no fueron rasgos de los que carecieran los comunistas brasileños. Se podrá decir que Vargas los aventajó en las mismas materias pero, en todo caso, conviene sostener que el caudillo contó siempre con recursos del poder que estuvieron muy lejos de los que pudiera alcanzar el Partido Comunista Brasileño.

Como sabemos, los comunistas argentinos no contaron en su favor ni con un capitán prestigioso, ni con un *protector* de los trabajadores alineado con los aliados, pero esta ya es otra historia. La fundación del Partido Comunista argentino es aún anterior, enero de 1918, nutriéndose de una corriente radicalizada al interior del Partido Socialista que incluía un buen número de militantes obreros de la época. Su crecimiento, en el período que predominan las posiciones *izquierdistas* de la Internacional, es relativamente modesto y se centra muchas veces en las

---

<sup>21</sup> Olga, una militante comunista alemana que la Komintern le asigna a Prestes para fingir un matrimonio de impostura en el retorno clandestino a Brasil, se transforma en su compañera en la realidad y es deportada a la Alemania de Hitler en 1936, embarazada de 7 meses. Muere en la cámara de gas de un campo de concentración. Esta historia, recientemente filmada en Brasil, ha sido postulada para el premio Oscar por este país para el año 2004.

<sup>22</sup> Se justifica tamaño viraje a partir de la patraña de un supuesto memorando en el que se planeaba una “conspiración comunista”. Véase Boris Fausto: *Historia concisa de Brasil*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003. Página 178.

<sup>23</sup> Angell sostiene que “hay indicios de que el intento de golpe de estado de 1935 sirvió a los intereses del gobierno más que a los de los aspirantes a revolucionarios y permitió a Vargas gobernar virtualmente como dictador”. Véase Alan Angell. *Op. cit.* página 88.

<sup>24</sup> Anteriormente Angell también alude a la “utilización” de los comunistas por parte del gobierno de Cárdenas. Véase Alan Angell. *Op. cit.* Páginas 75, 88 y 90. En todo caso, como vimos, tanto comunistas como Cárdenas intentan sacar el máximo provecho de la situación, y si resultó más beneficiosa para éste último, las razones habría que buscarlas mejor en las diferentes posiciones de poder desde las que cada uno encara sus estrategias. Las conspiraciones a veces existen, pero no creemos que éstos hayan sido los casos.



colectividades de inmigrantes, hasta que una nueva dirección se consolida tras la escisión de un grupo por izquierda (los chispistas) y otro de orientación más reformista, en torno a 1927. Con la consolidación de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi en la dirección del partido se refuerza la organización celular alentada por la Komintern y se profundiza el crecimiento en algunos gremios. Pero será también en torno a 1935, con la nueva línea *frentista*, que el Partido Comunista alcanzará la dirección de algunos gremios estratégicos: metalúrgicos, textiles, madera, carne, construcción. Será una huelga victoriosa de estos últimos, en 1936, que recibe el respaldo de una huelga general, la que llevará al Partido Comunista a consolidarse como fuerza gravitante en el movimiento obrero. Después, su papel en la organización de la solidaridad con la República Española, durante la guerra civil, lo sitúa como interlocutor consistente en la oposición política al gobierno de Ramón Castillo, siendo el gestor de las negociaciones para constituir un *frente popular*, al estilo del que se impondría en Chile para 1938.

Hasta aquí no podrían encontrarse mayores diferencias con lo que señala Angell, pero a continuación sigue una aseveración por demás controvertible: “Pero lo que sorprende más en la Argentina de este período es la fuerza de la reacción a estos movimientos, (se refiere a las huelgas dirigidas por comunistas) así como la aparición de movimientos nacionalistas. La fuerza de estos sentimientos anticomunistas acabaría empujando a sectores de la elite a optar por Perón (por más que fuese a regañadientes) con preferencia a posibilidades más radicales. Y las contorsiones ideológicas de los comunistas que se aliaron con partidos de la derecha contra Perón en las elecciones de 1945, hicieron que los trabajadores desertaran de la causa comunista para pasarse al peronismo”<sup>25</sup>.

Es cierto que hubo sectores de la elite que optaron por Perón, a regañadientes o con algún entusiasmo. No es poco el respaldo de buena parte del Ejército, la iglesia y sectores significativos del conservadurismo de diferentes provincias, como el que había sustentado al gobernador Fresco en Buenos Aires. También es cierto que los sectores del *establishment*, tradicionalmente pro ingleses, se identificaban con los aliados y desconfiaban de las simpatías por el Eje en buena parte de los golpistas de 1943 y apoyarán al frente opositor, sin llevar candidatos propios. Lo mismo hará buena parte de la patronal preocupada por lo que consideran como la nueva “arrogancia sindical”. Pero la alianza que se enfrenta a Perón no incluye “partidos de la derecha”. Eran las expresiones que habían respaldado a la República española y opuesto al régimen de la *década infame*. Las mismas variantes que confluían en *frentes populares* en otras latitudes: la UCR, el PS, el PDP y el PC. Por lo tanto, no se trata de las “contorsiones ideológicas” de los comunistas la que empuja a los trabajadores a la causa peronista, sino lo sustantivo de las *políticas* que Perón realiza en ese período. Fueron más las virtudes y recursos de Perón, que los desatinos del PCA, los que saldaron los nuevos alineamientos por un largo período. Si se quiere, además, es el aislamiento de Perón en el tramo previo a su detención en octubre de 1945, con la oposición acicateada por el avance de los aliados hacia Berlín, lo que lleva a que los gestos hacia los trabajadores tuviesen una envergadura creciente y decisiva, y terminaran dando al peronismo esa particular fisonomía en la que el movimiento obrero se constituye en su “columna vertebral”. En ningún otro país se creará tamaña brecha entre el grueso de los trabajadores, de un lado, y las *corrientes democráticas* y los partidarios del socialismo, de otro.

No es fácil comprender al fenómeno peronista, y menos a la distancia. En realidad ningún planteo maniqueo puede aportar claridad al tema. Era prácticamente imposible para un trabajador medio, que palpaba la significación de las nuevas conquistas, dejar de enrolarse con pasión en el movimiento que el nuevo líder convocaba desde los atrios oficiales. Así como era extremadamente difícil que un militante progresista, con sus organizaciones ilegalizadas y con la educación y la cultura en manos de la derecha católica que había respaldado a Franco, conmovido por la polarización que el fascismo había instalado a nivel mundial, se abstuviera de alinearse con lo que suponía el campo de la *democracia*.

Es bajo esas condiciones que el Partido Comunista Argentino pierde su capacidad de continuar gravitando en el movimiento sindical. Se trata de una derrota política en toda la línea, por más que antes y después el componente represivo no haya estado ausente. Es difícil evaluar qué hubiera ocurrido si los comunistas, perdida la batalla por la dirección del movimiento obrero,

---

<sup>25</sup> Alan Angell. *Op. cit.*, página 92.

hubieran intentado un acercamiento al peronismo. Juan José Real, jefe circunstancial del partido, lo intentó, en ausencia de Codovilla. De regreso éste, Real fue marginado por “oportunista”.

Será recién a fines de los años cincuenta, principios de los sesenta, con Perón en el exilio, cuando el Partido Comunista Argentino consigue recuperar parte de su fuerza, sobre todo en el mundo cultural, intelectual y estudiantil. Pero ya no estará solo. Otras corrientes de izquierda, incluso con expectativas en el *peronismo*, y siempre al calor de la convocatoria que se hace desde La Habana, comenzarán a sumarse a la escena política y a la dura confrontación que se inaugura con el régimen militar de 1966.

Para desgracia de los comunistas argentinos, ningún otro movimiento obrero llegó a cohesionarse de manera tan duradera con una nueva identidad como la que Perón habría de cimentar por más de medio siglo.

Chile fue la contrapartida, si se quiere, a lo que ocurría del lado oriental de Los Andes. Nos encontramos con un Partido Comunista constituido sobre la base de un partido que a su vez es la fuerza dominante en el movimiento obrero y la central sindical. No tiene que enfrentar, hasta 1933, a ningún partido socialista y las corrientes anarquistas no son significativas. Esta envidiable primacía durará hasta que se constituye el Partido Socialista, en abril de 1933, con el liderazgo del coronel Marmaduke Grove, quien tras un golpe militar en junio de 1932, encabezado por la fuerza aérea que comandaba, intenta instalar lo que él proclama como “república socialista”, de fugaz duración. El nuevo Partido Socialista crece en los sindicatos de servicios, consolida una base urbana, y poco después da cabida en sus filas a un sector de inspiración trotskista que se había alejado del Partido Comunista. Este partido será mucho más flexible y ecléctico en su configuración interna y vivirá sucesivas crisis tironeado por sus alas más radicales, que fomentan el “frente de trabajadores”, versus los sectores más proclives a la social democracia, o a las tesis de *frente popular* que defenderá el Partido Comunista a partir de 1935. Con encuentros y desencuentros, competencia por un mismo espacio y necesidad de encontrar acuerdos frente a un enemigo común, ambos partidos sostendrán, con diferente convicción, los frentes políticos que comenzarán con el triunfante Frente Popular que lleva a la presidencia al radical Pedro Aguirre Cerdá, en 1938, hasta conformar el núcleo central de la Unidad Popular en 1970. En el camino habrá diferencias, como las distintas posiciones frente al gobierno de la Alianza Democrática que lleva al también radical Gabriel González Videla a la presidencia en 1946. Éste sería respaldado por los comunistas, de acuerdo al breve romance de posguerra que el secretario del Partido Comunista norteamericano Earl Browder alentaba, y que no fuera obstáculo para que, como en casi todo el resto de América Latina, termine a poco de andar con el Partido Comunista expulsado del gobierno y hasta de la legalidad política. Los socialistas se dividirán ante el intento de retorno del General Ibáñez, en 1952. Un sector lo sostiene, y otro, con Allende a la cabeza, se une al Partido Comunista para intentar por primera vez –la cuarta será la vencida– llegar a la presidencia. Estarán juntos enfrentando a los triunfantes Jorge Alessandri, en 1958, y Eduardo Frei, en 1964. Con oscilaciones, y relativa paridad, ambos partidos sumarán un piso en torno del 30% del electorado.

El hecho es que las experiencias de Arturo Alessandri y el primer gobierno de Ibáñez, que terminara con el descalabro que motoriza la crisis del treinta en Chile, no dejaran establecidas corrientes duraderas orgánicas en la escena política. Asimismo, que la versión que intenta instrumentar una política de sustitución de importaciones no haya seguido los moldes de la convocatoria de un liderazgo al estilo de lo que ocurría en Brasil, México y Argentina, sino que se asentara en la política de alianzas frentista que no disuelve las identidades ni las organizaciones participantes; que el surgimiento de un Partido Socialista nutrido del pensamiento latinoamericanista que había proyectado el APRA, daba contención al nacionalismo popular y se complementaba con el Partido Comunista para reunir al movimiento obrero; que el tardío intento de Ibáñez del Campo, al llegar nuevamente al gobierno en 1952, haya concluido en la impotencia y la intrascendencia. Todos son elementos que permiten visualizar cómo se va componiendo en Chile un escenario donde las corrientes consideradas “populistas” se encuentran ausentes.

Nuestro trabajo, como decimos en un comienzo, pretende abordar una problemática confluyente con la de Angell, pero, a su vez, trascender la modalidad de su encuadre. En estas primeras líneas hemos comenzado a ordenar nuestras ideas a sabiendas que aún nos queda un buen trayecto por recorrer. Por lo expuesto hasta ahora, de forma desigual, podemos coincidir con el colega de Angell, Eric Hobsbawm, cuando refiriéndose a la política de *frentes populares*,

impulsada por la Komintern por una década, desde 1935, señala: “[...] hasta aquí esta fase del pensamiento comunista ha sido la única en que se han tomado de alguna manera en consideración y de manera realista a escala internacional los problemas específicos de la marcha al socialismo”<sup>26</sup>. Tanto los generalizados crecimientos de los partidos comunistas en esa época, como los retrocesos posteriores a 1946, nos indican que también en condiciones disímiles, como las latinoamericanas, esta lógica de *frente único* era una condición necesaria aunque no suficiente, como lo indica en particular el caso argentino, para alcanzar una presencia respetable en la escena política. Esto dicho en tanto aproximación al tema, ya que, seguramente, nuestra realidad introducía factores particulares que no se pueden homologar a las condiciones por las que atravesaba Europa.

Aún no se han abordado los acontecimientos de buena parte de los países de nuestra América y tampoco hemos entrado a considerar el impacto que produce la Revolución Cubana en estos escenarios ni la polémica entre el Partido Comunista chino y el Partido Comunista de la Unión Soviética. Tampoco, por cierto, los duros momentos que la represión de los años sesenta, setenta, en Sudamérica, y la que prosigue en los ochenta para los países centroamericanos, así como los impactos que en la cultura política suponen. También deberemos, por cierto, vérnosla con la crisis del movimiento comunista a partir de la implosión de la URSS y su esfera de influencia, con todo lo que ha implicado en cuanto a la puesta en cuestión de una cierta concepción del *socialismo*. Hoy no es posible aceptar sin más una continuidad de estas tradiciones en los términos clásicos del siglo XX. Están en discusión los modos y sentidos en los que puede concebirse la superación de la explotación y las relaciones de dominación. Precisamente nuestro horizonte tiene que ver con el intento de hacer un aporte que facilite a las generaciones que nos siguen el procesamiento de la herencia de lo que fuera la corriente que durante casi un siglo signó las referencias de lo que se pensara en términos de *revolución social*.

Si se quiere, lo que está pendiente es el centro de nuestro proyecto de investigación<sup>27</sup>. Hacia allá nos dirigimos, pero no podíamos prescindir de un *racconto* desde el momento que la izquierda da sus primeros pasos en la región. Poder comenzar a pensar cómo se producen los dilemas de la izquierda ante los llamados *populismos* nos guió en estas líneas. La abarcativa y polémica propuesta de Alan Angell, con sus virtudes y equívocos, nos dio la excusa.

### **Bibliografía**

- Elvira Concheiro Bozquez (2004). “El comunismo en México: entre la marginalidad y la vanguardia”, en *Memoria* n° 179. México, enero de 2004.
- María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone. “Los complejos de la Cenicienta”, en María Mackinnon y Mario Petrone (Comps.): *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*. EUDEBA, Buenos Aires, 1999.

---

<sup>26</sup> Eric Hobsbawm. *Revolucionarios*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000. Página 42.

<sup>27</sup> Proyecto UBACYT “Las concepciones sobre el poder en las fuerzas alternativas de América Latina. De la Declaración de La Habana al Foro de Porto Alegre”.